

estas cosas le dice amenazandole: „ Si mudáres de „ conducta me alegraré; pero si no; serás por no- „ sotros contado entre los muertos. “

LIII.  
Prueba segun  
Lactancio, de  
que estimaban à  
los hombres por  
bestias.

Todo esto respira asi el desprecio que hacian del comun de los hombres, segun que ya lo notó Lactancio (1), como la invidia de que los otros pudieran saber lo que ellos, ò que su mucho trabajo viniese à serles provechoso. ¡ Miserable condicion humana! y espíritu proprio de una Filosofía que no miraba à salvar à los hombres, sino à entretenerlos en sus engaños hasta perderlos! Mas en todo caso tengase presente, que este es aquel Filósofo, que se decia *venido del Cielo para enmendar la vida humana, y hacer felices à los mortales dandoles el lumen gloriæ, y para cuyo oficio no vino ni vendria jamás otro mas provechoso.* ¿A vista de tales cosas qué salud esperamos de los otros Filósofos?

## § III.

LIV.  
Platon no pro-  
meria mas salud  
para los hom-  
bres, ni enseña-  
ba cosas mas  
útiles.

Platon, no obstante que (à juicio de San Agustín) es de todos los Filósofos profanos quien enseña ideas (2) mas acomodadas à la Religion y à nuestra salud, está con todo eso sujeto à los mismos defectos. Por esto, aunque en algun tiempo se habia alegrado de no haber estudiado por otro de los Filósofos, finalmente llegaba à confesar,

tuus es. Dixit enim ille, meminisse nos debere, quod piùm sit, divinis humanisque monitis id exigentibus, bona sapientiæ cum his haud communicare, quorum anima ne personium quidem purgata est. Neque fas est, obvio cuius porrigere tanto labore paræ sint, Dearumque Eleusinarum mysteria evulgare profanis. Neque enim injusti atque impii sunt, alterutrum horum qui fecerint.

(2) Lactant. Instit. lib. 3. cap. 18. Quod si bene sensisset de his, quibus hæc locutus est, si homines eos existimasset; numquam sibi tam petulanter mentendi licentiam vindicasset: sed deridenda hominis levissimi vanitas.

(2) D. August. de vera Religion. cap. 4.

sar, que *si no hubiera buscado el camino del Señor en otros maestros, la lectura de Platon no le podria conducir à la ciencia de salud, sino mas bien à perderla* (1).

Despues de instruidos en el Christianismo y en nuestra verdadera Theología, vieron algunos en Platon muchos mysterios arcános de nuestra fé: Como el mysterio de la Santisima Trinidad en el Diálogo de Gorgias. De modo que pareció à San Justino, que aquel Filósofo (2) habia tenido algun conocimiento de este mysterio. De el Sacramento de la Penitencia le oyen tambien hablar (3) en el Diálogo de Phedon: Y de este modo le han querido algunos hacer Christiano. San Bernardo advirtió en Abailardo, que mientras sudaba por hacer Christiano à Platon, se probaba à sí mismo Pagano (4).

Ya queda dicho de que modo pueden los Paganos haber tocado estas y otras verdades arcánas de la Religion revelada; mas siempre será igualmente cierto, que si estos que hablan asi de Platon, no llevarán ya la lucerna del Christianismo, quiza no interpretáran tan felizmente los pasages de su Filosofia. Aunque este diga, que no hay figura tan conforme à la Divinidad como el triángulo equilatero, serviría esto de muy poco para la noticia de un mysterio tan sobre nuestras naturales nociones. Asi es de los otros puntos de nuestra fé, que parece à muchos fieles hallarse en Platon: Deben dar gracias

(1) Id. l. 3. Confesion. cap. 2. Gratulatus est mihi (Simplicianus) quod non in aliorum Philosophorum scripta invidissem. Et lib. 7. Confes. cap. 20.

(2) D. Justin. Mart. lib. 2. apologet.

(3) Huet. Alnet. qq. lib. 2. cap. 3.

(4) D. Bernard. Epist. ad Innocent. Dum multum sudat quomodo Platonem faciat Christianum, se probat Ethnicum.

cias à su fé, que les forma un piadoso prejuicio con que entran prevenidos à leerlo.

IV.  
Comparacion de  
los Filósofos y  
Poetas à las pie-  
dras figuradas.

En estos casos obran nuestras propias luces lo que la fantasía hace ver à muchos en las piedras figuradas. De unos lineamentos y manchas, que los hilos de agua y de petroleo dejaron casualmente sobre el marmol, hacemos una ordenacion de partes, que nos pone delante la imagen de un objeto à que tienen mas alusion: pero si antes no hubieramos conocido al objeto ni se nos hubiera acordado la idéa de él, serían poca cosa las líneas de la piedra para representarnos su bulto, ni el de algun otro. Asi creo sucede à los píos lectores, que hallan en Platon, en Virgilio, y en otros Paganos las formas de nuestros santos mysterios. Entonces hacen honor al libro, y le oyen decir lo que su Autor no tubo la felicidad de saber ni entender. Esto solo puede ser util para argüir à los mismos Paganos, haciendoles conocer en sus Maestros las trazas de las verdades eternas, que corrompieron ú obscurecieron, y que Jesu-Christo ha iluminado despues. Dicho estaba, *que el Salvador iluminaria lo que estaba escondido en las tinieblas* (1).

Asi duran todavia en los Filósofos y Retoricos muchos restos de aquellas verdades reveladas à los primeros Padres; como el juicio, el cielo, el infierno, la idéa del pecado original, y otras semejantes. De estos vestigios ò monumentos se servían nuestros Doctores, y especialmente Tertuliano (2), para hacer

(1) 1. ad Corint. cap. 4. v. 5.

(2) Tertul. Apolog. cap. 49. *Hæc dogmata in ore Christianorum vobis fabulæ sunt, & in ore Poetarum & Philosophorum vestrorum sunt rara, & sublimis scientia; sunt ipsi homines eruditissimi nos vero stupidissimi; ipsi honorantur, nos ridemur; nec id satis, punimur etiam.*

callar à los Gentiles, que las despreciaban como fábulas en las bocas de los Christianos. Pero realmente todas las dichas verdades Cathólicas se vén en ellos tan desfiguradas, segun nota el mismo Tertuliano, que no quedaban suficientes para informar à los Pueblos donde los mas son rudos: Ya naciese esto de que los mismos Poetas y Filósofos no las supieron mejor; yá de que afectaban una obscuridad vana y diabólica, que no los dejase entender de todos; porque esto les parecia cosa baja y vulgar.

#### § IV.

De lo qual se infiere bien quan preciosa y amable debe ser para todos los hombres la doctrina de Christo, y quan necesario era su magisterio para nuestra instruccion y salud! Esta doctrina tiene el caracter de la verdadera sabiduría. Porque ella misma dice de sí, que „ es clara, y se vé facilmente „ de los que (1) la aman, y se deja hallar de los que „ la buscan. Preocupa à estos que la codician para „ encontrarlos primero que ellos lleguen à donde „ vive. El que velare à ella temprano, no trabajará: „ la hallará à sus mismas puertas aguardando que „ le abran. “ No es desdeñosa, ni esquiva, ni feróz: Detesta la arrogancia y toda sobervia. Se (2) *aprende sin ficcion, y se comunica sin envidia.*

Estas propiedades se hallan en Jesu-Christo y en

LVI.  
Solo en la doctrina christiana se hallan las notas de la sabiduría verdadera.

(1) Sap. cap. 6. v. 13, 14. & 15. *Clara est, & quæ nunquam marcescit sapientia, & facile videtur ab his qui diligunt eam, & invenitur ab his qui querunt illam. Præoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit: assidentem enim illam foribus suis inveniet.*

(2) Sap. cap. 7. v. 13. *Quoniam sine fitione didici, & sine invidia communico, & honestatem illius non abscondo.*

en sus Discípulos. Aquel Maestro Soberano no se dejaba buscar con mucho trabajo, sino se manifestaba en el Templo, en el pórtico de Salomón, y clamaba llamando à los párvulos y humildes para hacerlos sábios y felices. Atravesaba los campos, y no se escondian de su luz y de su calor ni los castillos, ni las Villas, ni las Cabañas mas escondidas. Despues de sí envió à sus Apóstoles y Discípulos, que anunciaron la salud hasta los fines del orbe de la tierra. Encargóles muy especialmente, que enseñáran à todas las gentes, sin aceptar personas, ni anteponer los Reyes à los Siervos. No quiso que dieran sus sentencias à manera de oráculos altivos, ò como los *Acusmatas* de Pythágoras, de quienes no era licito preguntar la razon. Antes les encargó y nos manda à todos quantos hemos sucedido en parte del ministerio, que *estemos aparejados para dar razon à todo el que la pida* (1).

Si reprehendemos la demasiada curiosidad, no se condena por eso, ni se menosprecia la santased de saber y de conocer mejor al Señor. No reciben pesar los Christianos, como Apolonio Molon, porque nuestra divina eloqüencia pase de la Grécia à los Bárbaros, y de la Europa à la América; para que Judíos, Griegos, y Gentiles, siervos, y libres, sintamos una misma cosa y hablemos todos à Jesu-Christo.

LVII.  
Ya no pueden los Filósofos des conocer la necesidad de J. C.

No digan mas los Filósofos: *¿por donde conoceremos nosotros la necesidad de una revelacion?* (2). Tan cerrada es su ceguedad, que aun para conocer es.

(1) 1. Petri cap. 3. v. 15.

(2) Rouss. Emil. tom. 3. pag. 122.

esta necesidad muestran la necesidad de una revelacion. Hemos visto hasta aqui al hombre sin verdad en el entendimiento, sin rectitud en el corazon, entregado à unos conductores mas ignorantes y extraviados que los mismos pueblos. Y se atreven con todo eso à decir con mas presuncion que Juliano y Pelagio: *Yo no veo, que mi naturaleza necesite de algun auxilio exterior, ni interior. De nadie necesito. No solo soy bastante para mí mismo, sino para salvar y enseñar à todos.*

Esta es la sentencia de nuestros Filósofos y Naturalistas. Cynicos, ò canes impudentisimos, como los llama Isaiás, que ignoraron donde estaba la suficiencia y la hartura. Especuladores ciegos, que vez cosas vanas, dormitan y aman siempre nuevos sueños: pastores que no supieron de donde viene la inteligencia; divididos entre sí mismos (1), y empeñado cada uno en un camino singular. ¡Ay de nosotros! porque estas aves lúgubres de la noche, (como ellos mismos se llaman) estos espíritus de tinieblas quieren volver à tomar posesion de la tierra. ¿Nos postraremos otra vez los hombres delante de ellos, y adoraremos los desvaríos de sus cabezas, sus contradicciones, sus imposturas, sus altiveces, en una palabra, à los crocodilos del Egipto?

Yo à lo menos, (y creo lo mismo de todos los Christianos, que habitan el orbe de la tierra) no puedo impedirme de dar profundas gracias al Salvador, porque nos libró con su revelacion de la carga de tantos genios infernales, y tiranos de todos los otros hombres. Gracias à la infinita bondad

Tom. III.

K

dad

LVIII.  
Ni los efectos manifestos de su venida y doctrina.

(1) Isai. cap. 56. v. 10. 11.

74 LIBRO I. PARTE II. DISERT. II.  
dad y humanidad de Jesu-Christo, que nos puso à la sabiduría tan cerca de nosotros, y aun dentro de nosotros mismos. No tenemos verdaderamente necesidad de subir al cielo para traerla; ni de bajar al (1) infierno para sacarla de los abysmos; ni de pasar los mares para buscarla en los fines del mundo. Yo no tengo que cansarme en ir à Egipto para consultar à los Sacerdotes de Menfis, ni de peregrinar à la India para que me enseñen sus Bracmanes: ni de ir à escuchar en Babylonia à los Chaldéos; ni en Pérsia à los Magos; ni en las Gaulas à los Druidas. Todos estos sábios quisieran saber para sí lo que entiende y sabe un Neofito Christiano. Ellos serían mas dichosos, si merecieran oír las lecciones de salud, y las verdades importantes que les pudiera enseñar un párvulo de nuestras escuelas menores. En nuestra Santa Iglesia todos son enseñados de Dios; y es grave pecado el decir à ninguno de nuestros prógimos *Necio*, ò *Fatuo* (2). Porque los que saben à Christo, Sabiduría (3) eterna, no pueden sufrir la nota de ignorantes.

Pero somos otro tanto mas dignos de estos nombres de *Fatuos* y *Necios*, si habiendo gustado una ò mas veces el dón celestial, y sido iluminados por Christo en el Sacramento de la Regeneracion; nos volvemos despues inconstantemente à las vanidades que alli renunciamos, y presumimos ser mejor *ilustrados* ò *alumbrados* por la Filosofia delos Gentiles. En

(1) Ad Rom. 10. v. 6. 7. & 8. Ne dixeris in corde tuo: quis ascendet in Cælum? Id est Christum deducere: Aut quis descendet in abysum? Hoc est Christum à mortuis revocare. Sed quid dicit Scriptura? Propè est verbum in ore tuo: hoc est verbum fidei, quod prædicamus.

(2) Matth. 5. Qui dixerit fratri suo, fatue, reus erit gehemæ ignis.

(3) D. Hyeron. in Matth. ibid. Qui Christum Dei noverit, sapientiam, quæ ratione stultitiæ elogio denotari potest?

En esta inconstancia ò apostasía han caído miserablemente quantos impíos se llaman hoy Filósofos; y tambien quantos con el nombre de Christianos hacemos obras de idólatras, y aun de bestias irracionales. Todo esto prueba quan flaca es nuestra naturaleza dejada en las manos de nuestra libertad; y quan instantánea ò continua es nuestra necesidad de la gracia del Espiritu Santo que nos fije en lo bueno contra la inestabilidad (1) dejada por el pecado, ò contra la inconstancia de nuestra (2) concupiscencia. Saquemos siquiera algun bien de nuestros males: conozcamonos en nuestras desgracias; y si en medio de tantos auxílios y remedios sobrenaturales que nos dá la Religion, para cada instante necesitamos de otros nuevos, confesemos que somos miserables, pobres, y continuamente necesitados. Ved aqui la conseqüencia que se infiere legítimamente de las flaquezas y pecados, que nos acusan los Filósofos à los Christianos. Yo refundiré su argumento en una buena Lógica, y volveré contra ellos la flecha que nos asestaron; convenciendolos por estos mismos males de la mayor necesidad que tenemos de los bienes de la Religion. La exposicion de este argumento pide artículo à parte. Entremos en él desde luego.

K 2

AR-

(1) Jerem. T. eno. cap. 1. v. 8.

(2) Epist. S. Jacob. cap. 1. & Sapient. cap. 4.